

ALBUM DE SEÑORITAS

CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

SEMANA SANTA.

Ha llegado la semana mas religiosa del mundo cristiano, consagrada especialmente por la iglesia al aniversario de la pasion y muerte del Redentor del género humano. Cesan á su proximidad los espectáculos, piérdese en el espacio el último éco de la música profana, y sucede al movimiento mundano el reposo y la gravedad religiosa.

«La semana Santa es, dice con mucha propiedad el C. de F., todo un drama sagrado, que se desarrolla en los oficios que la iglesia celebra en estos dias; drama que tiene su esposicion, su nudo, sus peripecias y su desenlace; drama sublime que, despues de 19 siglos cautiva la atencion de la humanidad, y la admira con su interés elevadísimo.

La esposicion es la entrada triunfante de Cristo en Jerusalem; viene despues la institucion sacrosanta del amor y la cena; luego la pasion y muerte,

la resurreccion, y por último el triunfo.

Estos 8 dias de la vida de Cristo reproducen todas las alegrías, todos los dolores, todas las emociones de la iglesia primitiva con una belleza incomparable. Oigamos á San Mateo, en la Pasion, verdadero poema dramático.

«Una inmensa multitud tendió sus mantos por todo el camino, á la vez que muchos cortaban ramos de los árboles, y alfombraban con ellos el suelo por donde venia Jesus; la muchedumbre que habia salido de Jerusalem, le precedia y acompañaba, gritando conmovida: ¡Hosanna al hijo de David, bendito sea el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en lo mas alto del cielo! Y cuando entró en la ciudad, toda ella se agitó preguntando ¿quién es ese? Y el pueblo contestaba: este es Jesus, profeta de Nazaret en Galilea. Se aumentan entonces los trasportes de la multitud,» y hé aquí la representacion de los oficios del Domingo de Ramos.

Pero duran poco las alegrías de ese Domingo: la iglesia vá á cubrirse de luto. La persecucion de que ya es blanco

Jesús, y los peligros que corre, afligen á sus discípulos. Por esto las tinieblas del miércoles.

Comienza el jueves con la ceremonia del lavatorio de los pies, después de la cual dijo J. C. á los apóstoles estas hermosas palabras, símbolo de la libertad, y de la igualdad que trajo á los hombres. «Aquel de vosotros que sea más grande, sirva á los demás á la mesa: amaos los unos á los otros; en el amor que os tengais, se os reconocerá por mis discípulos.»

Tocamos ya en el sacrificio sangriento de la cruz: la profecía de David vá á cumplirse: el hijo de Dios vá á morir sobre la cruz á la vista de su madre. ¡Qué dolor el de María cuando vé conducir á su hijo al patíbulo afrentoso, cuyo peso le abrumba, tratado con tanta crueldad, como befa y escarnio; cuando oye los golpes con que se taladran sus pies y manos; cuando vé pendiente del madero del Calvario al fruto amoroso de sus entrañas! Imposible es asistir á esta escena, trasladándonos con la imaginación á la época que recuerda la iglesia, sin que el corazón se quebrante, y sin que se asomen á nuestros ojos las lágrimas. No se puede pensar en los dolores de esta madre desolada sin enternecerse. El culto á María conserva toda su pureza primitiva, todo su piadoso encanto, porque es el recuerdo de las madres, dulces compañeras de nuestras penas, tierno consuelo de todas las miserias de la vida, cuyo nombre no es dable pronunciar sin agradecer al cristianismo haber santificado el culto de la muger. Sí; el culto de la muger es sin duda el progreso más grande que ha

realizado la religion del crucificado. Si ocupa un lugar tan preferente en la sociedad cristiana, debe la muger este beneficio á María, á quien Cristo nos encomendó, hallándose al pié de la cruz.

En esta semana, los salones donde habitualmente se recibia á la sociedad más brillante, han estado cerrados; los teatros han suspendido sus representaciones, y los fieles concurren á las iglesias, en donde también el espíritu mundano se manifiesta por las bellas penitentes, que radiantes con sus joyas y atractivos, arrancan á la amistad un cuantioso recurso para la niñez abandonada.

En esta semana que consagra el cristianismo á recordar á todos sus hijos el sacrificio del hijo de Dios por la libertad y la igualdad de los hombres, semana de olvido, de perdón, y de beneficios, ¿qué resentimientos depositamos ante ese cadalso, que tanto ha mejorado la condicion del hombre?... Si el monarca al adorar el viernes Santo un clavo de la cruz, perdona la vida á tres desgraciados, ¿cuántos enemigos perdonamos nosotros?

En medio de todo, justo es consignarlo, el pueblo acude sin distincion al templo, y sin profanarle como en otros tiempos de piedad celebrada. Si no todos los concurrentes asisten con el recogimiento, que es distintivo de los más, no se dan al menos los escándalos erigidos en costumbre bajo el reinado de todo un Felipe II, costumbre que no se toleraria hoy, sin embargo de pintarnos aquella época como ejemplar en punto á religiosidad española. No detallaremos los excesos y liviandades que

tenian lugar en los templos y sus afueras en estos dias de contemplacion, porque no podria resistirlo nuestra pluma; y en su lugar, y por que nadie ose desmentirnos, nos referiremos á un documento incüestionable, y que nadie ha rechazado. Es una carta del Rey, fecha en Madrid á 19 de enero 1575, al cardenal Pacheco de Toledo, arzobispo de Burgos, sellada, y refrendada, que publicó hace 7 años el S. D. B. S. C., y en la cual, doliéndose el famoso fundador del Escorial de los grandes excesos y pecados que se cometian en estos dias en los templos, encargaba que no se consintiesen en las iglesias comidas, meriendas ni colaciones el jueves y viernes Santo, y se pusiesen las luces que fueran menester para que no estuviesen oscuras, y se nombrasen personas eclesiásticas y seglares que tuviesen cuenta en que no hubiese deshonestidades en ella, ni desórdenes, ni se consintiese estar mugeres rebozadas ni cubiertas. etc. etc.

Hoy que no existe, por fortuna, un tribunal opuesto á la doctrina de J. C., no podrian cometerse impunemente los escándalos, con que tan bien avenidos estaban nuestros mayores, cuya hipocresia y fanatismo no imitamos. ¡Cuántas veces no fué preciso sofocar escenas en que se profanó en opiparas francachelas la casa del Señor! Andrés Gomez Riberano, poeta en el reinado de Carlos V, decia, á este propósito:

El escándalo ha llegado

En España á tal fomento,

Que en banquete descarado

Se convierte el monumento

De Cristo sacramentado.

Desterradas, por fin, tan perniciosas costumbres, y mil otras despues, que seria prólijo enumerar, hijas las mas del fanatismo, la España puede gloriarse de celebrar como ninguna otra nacion, y antes tambien que ninguna otra, los misterios dolorosos y sublimes de la passion y muerte de J. C. Sevilla y Toledo no tienen mucho que envidiar á Roma, á pesar de las vicisitudes por que ha pasado el pais en el presente siglo, y no presencian las indecencias que afligen á los buenos cristianos en el primer templo del Orbe católico y ante la magestad del sumo Pontífice. Festividad la mas solemne de las religiosas entre nosotros, todos los pueblos la celebran con la pompa y ostentacion posibles; en todos numerosas hermandades y cofradias rivalizan y se esfuerzan por la grandeza de las ceremonias. Todo es recogimiento y silencio, por lo menos, en esta semana Santa. Nada turba el reposo de dias tan memorables. Todo cede á la sublimidad de los misterios que se representan, y nadie deja de asociarse al luto de la iglesia, de acompañarla en sus patéticos oficios, de oír con estremecimiento las lamentaciones del mas triste de los profetas, poema aflictivo, y cántico de desolacion, que ha inspirado á tantos génios.

La permanencia este año de la Côte restituye al culto de la Real Capilla, y á las ceremonias en que toman parte los reyes, toda la pompa y magestad acostumbradas, y que tanto hablan á nuestra imaginacion, y engrandecen el objeto á que se consagran. En el número inmediato nos ocuparemos de la Pascua.

A. Pirala.

LITERATURA.

EL CURA DE ALDEA.

(Traducción de Lamartine.)

Hay un hombre en cada parroquia que no tiene familia, pero que pertenece á todas las familias; á quien se llama como testigo, como consejero, ó como agente en todos los actos mas solemnes de la vida civil; sin el cual no se puede nacer, ni morir; que toma al hombre al salir del seno de su madre y no lo deja hasta la tumba, que bendice ó consagra la cuna, el lecho mortuario y el ataúd; un hombre á quien los niños se acostumbran á amar, á respetar y á temer, y á quien hasta los desconocidos llaman *Padre mio*; á cuyos pies van los cristianos á esparcir sus mas intimas confesiones y sus mas secretas lágrimas; un hombre que es el consolador, por su estado, de todas las miserias del alma y del cuerpo, el preciso intermediario entre la riqueza y la indigencia; que vé llegar á su puerta uno tras otro al rico y al pobre: al rico para depositar la limosna con reserva, al pobre para recibirla sin sonrojo; que no siendo de elevado rango, se halla igualmente enlazado con todas las clases de la sociedad: á las clases inferiores por su pobreza y comunmente por la humildad de su nacimiento; á las elevadas, por la educacion, la ciencia y los elevados sentimientos que inspira una religion filantrópica; un hombre en fin que todo lo sabe, que tiene el derecho de decirlo todo, y cuya palabra descende sobre las inteligencias y sobre los corazones con la autoridad de una mision divina y el imperio de una fé completa. Ese hombre es el cura; nadie puede hacer mas bien ó mas daño á los hombres, segun cumpla ó desconozca su alta mision social.

Como moralista, el cargo del cura es admirable. El cristianismo es una filosofia divina escrita de dos maneras: como historia,

en la vida y muerte de Cristo; como precepto, en los sublimes ejemplos que ofreció al mundo. Estas dos palabras del cristianismo, el precepto y el ejemplo están reunidas en el Nuevo Testamento y el Evangelio. El cura debe tenerlo siempre en la mano, delante de los ojos y en el corazon: un buen cura es un vivo comentario de este libro divino. Cada una de las misteriosas palabras de ese libro responde exactamente al pensamiento que le interroga, y encierra un punto práctico y social que aclara y vivifica la conducta del hombre. No hay ninguna verdad moral ó politica cuyo gérmen no se halle en un verso del Evangelio. Todas las filosofias modernas han comentado uno y le han olvidado inmediatamente; la filantropia ha nacido del primero y único precepto, la caridad. La libertad ha corrido por sus mismos pasos sobre la tierra y ninguna servidumbre degradante ha podido subsistir ante su ilustracion; la igualdad politica ha nacido del reconocimiento que nos ha obligado á hacer de nuestra igualdad y nuestra hermandad ante Dios; las leyes se han atemperado, las costumbres bárbaras se han abolido, las cadenas se han roto y á medida que su palabra ha resonado en los siglos ha hecho desaparecer una preocupacion ó hundir una tirania, y puede decirse que el mundo actual, en toda su estension, con sus leyes, sus costumbres, sus instituciones y sus esperanzas, no es otra cosa que el verbo Evangélico; mas ó menos encarnado en la civilizacion moderna.

El cura tiene pues, toda la moral, toda la razon, toda la civilizacion y toda la politica en su mano, cuando se halla poseido del Evangelio: no tiene mas que abrir y leer para derramar en derredor suyo el tesoro de luz y de perfeccion de que la providencia le ha entregado la llave. Pero, como la de Cristo, su doctrina debe ser justificada por la vida y la palabra; su vida debe ser, hasta el punto que lo permita la fla-

queza humana, la esplicacion sensible de su doctrina, una palabra viva. La iglesia le ha colocado allí como ejemplo, mas que como oráculo; la palabra falta en él, si la naturaleza le ha rehusado el don, pero la palabra que se hace entender de todos, es la vida; ninguna lengua humana es tan elocuente y persuasiva, como la virtud.

El cura es tambien, administrador espiritual de los sacramentos de su iglesia, y de los beneficios de la caridad. Sus deberes, en este caso, se asemejan á los que toda administracion impone. Tiene que cuidar de los hombres, debe conocerlos. Toca á las pasiones humanas, debe tener la mano delicada y suave, llena de prudencia y de mesura. Corresponden á sus atribuciones las faltas, los arrepentimientos, las miserias y las necesidades de la humanidad: debe tener el corazon rico de tolerancia, de misericordia, de mansedumbre, de compasion, de caridad y de perdon. Su puerta debe estar siempre abierta para aquel que vaya á despertarle; su lámpara siempre ardiendo, y el báculo siempre en su mano; no debe conocer ni estaciones, ni distancias, ni contagios, ni sol, ni nieve, tratándose de llevar el bálsamo al herido, el perdon al culpable, ó su Dios al moribundo.

Como hombre, tiene el cura además algunos deberes puramente humanos que le han sido impuestos tan solo por el cuidado de su buen nombre, por esta gracia de la vida civil y doméstica que es como la fragancia de la virtud. Retirado en su humilde presbiterio, á la sombra de su iglesia, debe raras veces salir de ella. Le es permitido tener una vina, un jardin, ó una huerta, algunas veces un reducido campo, y cultivarle con sus propias manos, criar algunos animales domésticos, de recreo ó de utilidad; la vaca, la cabra, el cordero, pichones, canarios, el perro sobre todo, ese mueble vivo del hogar, ese amigo de aquellos que son olvidados del mundo, y que por lo tan-

to necesitan ser amados de alguien. De este asilo del trabajo, del silencio, y de la paz debe el cura alejarse poco para mezclarse en las bulliciosas reuniones de sus vecinos; tan solo en algunas ocasiones solemnes debe mojar sus lábios, con los que gozan del siglo, en la copa de una hospitalidad suntuosa: el resto de su vida debe pasarlo en el altar, en medio de los niños á quienes enseña á balbucear el catecismo, ese código vulgar de la mas elevada filosofia, ese alfabeto de una sabiduria divina; ocupado en el estudio, y entre sus libros, sociedad muerta del solitario. Por la tarde cuando el fabriquero ha recogido las llaves de la iglesia, cuando el toque de oraciones ha sonado en la campana de la aldea, suele verse algunas veces al cura con el breviario en la mano, bien sea bajo los manzanos de su huerta, bien por los elevados senderos de la montaña, respirar el suave y religioso ambiente de los campos, y el apetecido descanso del dia; tan pronto pararse para leer un verso de sagradas poesias, como mirar al cielo, ó al horizonte del valle, y descender despues á paso lento con la santa y deliciosa contemplacion de la naturaleza y de su autor.

Hé aqui su vida y sus placeres; sus cabellos blanquean, sus manos tiemblan al elevar el caliz, su voz cascada no llena ya el santuario, pero retumba aun en el corazon de su rebaño. A su muerte, una losa sin letrero marca su lugar en el cementerio cerca de la puerta de su iglesia. Hé aquí una vida pasada! ¡hé aquí un hombre olvidado para siempre! Pero este hombre ha ido á reposar á la eternidad, donde anticipadamente vivia su alma, y ha hecho aquí en la tierra todo lo mejor que tenia que hacer: ha continuado un dogma inmortal, ha servido de eslabon á una cadena inmensa de fé y de virtud, y ha dejado á las generaciones venideras, una creencia, una fé y un Dios.

Emilio de Tamarit.

A CRISTO EN LA CRUZ.**PLEGARIA.**

Venid á mi los que os hallais tristes que yo os consolaré.
Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados.

(Palabras del Evangelio.)

A tí vengo Señor, triste y doliente,
Y de sufrir cansada;
Vengo á apoyar mi dolorida frente
Sobre tu cruz sagrada.
A tí vengo, Señor, porque dijistes,
»Venid los que en el suelo
Abandonados os hallais, y tristes,
Que yó os daré consuelo.»
Y eres tú la esperanza de mi alma
Y en tu bondad confío,
Y sé que puedes devolver la calma
Al pensamiento mio;
Yó sé tambien que lágrimas sin cuento
Tus ojos derramaron,
Y que ellas el dolor y el sufrimiento,
Señor, divinizaron,
Y tan solo quien mucho ha padecido
Los pesares comprende,
Y en fuerza de llorar y haber sentido
A consolar se aprende....
De todos los que vieron algun día,
En tí, un padre, un amigo,
Uno solo tuviste en la agonía
Para sufrir contigo,
Y á tí la envidia del martirio cruenta,
Te ciño la corona,
Que ella ni á la inocencia, ni al talento,
Ni á la virtud perdona!
Por eso vengo á tí, Señor, doliente,
De padecer cansada,
A reclinar mi dolorosa frente
Sobre tu cruz sagrada.
Por que quiero vivir, solo contigo,

Sufrir con tus dolores,
Ver si olvidar amándote consigo
Los terrestres amores.
Que el tuyo hace dichosa la existencia
Nunca se halla estinguida,
Ni sucede al ardor, la indiferencia,
Ni á la ausencia, el olvido.
Ni oirás los cantos que tu amor me inspire
Con desden, ó sarcasmo,
Ni estinguirás cuando por tí delire
Mi ardoroso entusiasmo.
Y en ese amor exento de amargura,
De temores y celos,
Gozaré anticipada la ventura
Que has de darme en los cielos,
Cuando el alma yá libre, desprendida
De los mortales lazos,
Repose dulcemente adormecida
En tus divinos brazos.

Ciudadela de Jaca Marzo de 1852.

Dolores Cabrera y Heredia.

DIOS ESTA EN TODAS PARTES.

(Fracmento.)

¿De dónde vienes jóven? ¿A donde has ido? ¿Qué has observado?

—He ido á la Pradera, lejos de aquí. Me gustaba mucho pisar la yerba: rebaños enteros pacian alrededor de mí; otros estaban reposando á la sombra; los trigos comenzaban á brotar en los surcos; la coronilla y la adormidera crecian entre ellos; los campos estaban esmaltados de flores.....

—¿No has visto mas? ¿Es todo lo que has observado? Vuelve á la Pradera, hijo mio, porque hay en ella cosas mas dignas de tu atencion....

Dios estaba enmedio de los campos; no le has visto? A él debe la Pradera su belleza; las miradas de Dios animaban la claridad del sol.

—Me he paseado, en medio del bosque; un vientecillo suave corria entre los árboles cuyas ramas eran blandamente agitadas por su soplo; chorros de agua manaban de los peñascos con un murmullo agradable; la ardilla brincaba de rama en rama; los pájaros cantaban y se respondian los unos á los otros....

—¿No has oido mas que el murmullo de los arroyos, el gorgo de las aves y el viento que mecía las ramas de los árboles? Vuelvete al bosque, hijo mio, porque tus oidos percibirán cosas mucho mas grandes.... Dios residia entre los árboles; su voz resonaba en el murmullo de los arroyos, en el gorgo de los pájaros; ¿no le has oido?

—He visto salir la luna por detrás de los árboles del bosque, parecia una lámpara de oro. Las estrellas fueron apareciendo en lo mas alto del cielo, una despues de otra. De allí á poco, vi que se levantaban nubes de color negruzco que se dirigieron hácia el mediodia; relámpagos de fuego hendieron los aires en largos surcos, los truenos, que al principio sonaban á lo lejos, se hicieron sentir de mas cerca; me asusté porque eran violentos y terribles....

—¿Tu corazon no se cubrió de espanto sino por los truenos? ¿No has visto nada de brillante sino el relampago? Pues vuelve otra vez á oír el trueno y ver los relámpagos, porque anuncian muy superiores maravillas.... Dios es el que estaba en medio de la tempestad, el que surcaba los aires, y el que hacia nacer el terror y el espanto de todo aquello. ¿No le has reconocido? Dios está en todas partes, en el cielo, en la tierra y en los mares; él es quien nos habla, en todo lo que hace impresion en nuestros ojos y en nuestros oidos. Nada hay en el universo que no sea un testimonio de su presencia....

¡Que Dios esté, pues, hijo mio, en tus pensamientos para siempre!

LA MAGDALENA ARREPENTIDA.

Suelto el cabello, el rostro demacrado,
llenos de llanto sus rasgados ojos
una muger ante Jesus amado
la frente doblegó.

Puesta de hinojos, tiende su mirada
dulce, en la faz del salvador del mundo,
y el pié besando de la cruz sagrada
sentida murmuró.

Mirad, Señor, á vuestros piés rendida
una muger que sus pecados llora,
miradla con piedad, que arrepentida
vuestra bondad su corazon implora.

Seguí del mal por la engañosa senda,
alfombrada la ví de hermosas flores,
y dando á mis sentidos libre rienda
aspiré sus aromas tentadores.

En ellos me embriagué: corrí del mundo
tras mentida ilusion, perdí la calma;
y en ese loco laberinto inmundio
sufrió mi corazon; hastióse el alma.

Yo juré en vano vuestro nombre santo:
busqué el placer, desde mi edad temprana,
mas breve fué su pernicioso encanto.
¡Ay! gocé ayer, para llorar mañana.

Y enagenada en mi delirio ciego
olvidé la virtud y la inocencia,
y de error en error, perdida lleo
hasta dudar, mi Dios, vuestra existencia.

Mas de una vez, Señor, en el pecado
poner fin quise á las desdichas mias,
que en este horrible para mi pasado,
perdí sin fruto los mejores dias.

Hoy de tierna inquietud el alma llena,
de ti me ampara y en tu amor confío,
¿Negarás á la triste Magdalena
una mirada de piedad, Dios mio?

Pequé, Señor: el estravio olvida
de esta muger, humilde pecadora;
si son grandes las culpas de su vida
es mayor la bondad que mi alma implora.

Mundo engañoso; halléle corrompido
al rendirle tributo en mi demencia;
de su pompa falaz ya me despido,
y me acojo de Dios á la clemencia.

Faustina Saes.

REVISTA DE MADRID.

Aun cuando la santidad del día en que se reparte este número no permita á nuestras suscriptoras fijar su atención sino en artículos religiosos, á los cuales dedicamos todas sus columnas, no podemos dispensarnos de acompañar el figurín, que no pudo ir con el número anterior, según teníamos dispuesto, por no haber venido á tiempo; nos ha decidido también á no suspenderlo la consideración de que cuando lo reciban muchas de nuestras suscriptoras de provincias será ya tiempo de Pascua.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Figura 1. Vestido Semiramis. Este traje es de grós de tours, bordado de oro y de

sedas de colores. La disposición del dibujo forma una doble falda. El cuerpo, escotado, es liso y entallado en redondo por delante, y un poco por detrás. La berta forma drapería y está cogida en el hombro con una presilla. La manga es corta, ahuceada, y sostenida por tres tiras bordadas, cuyos intermedios forman una especie de acuchillado. Otra tira igual guarnece el bajo de la manga, que termina con dos órdenes de blonda de oro, correspondientes á la que guarnece la berta.

Peinado con diadema y plumas: los bandós un poco huecos y ondeados; una trenza que sale de un retorcido atraviesa la parte superior de la cabeza: las plumas que caen sobre el lado derecho están colocadas un poco hacia atrás, entre el retorcido y el nudo del pelo.

Figura 2. Vestido de terciopelo negro. El cuerpo es alto y abierto en forma de blusa. Dos bias de muaré bajan desde la costura del hombro, y cerrando un poco en la cintura, continúan ensanchándose por todo lo largo de la falda: la pegadura de esta es lisa por delante, principiando el plegado como á los dos dedos de cada bias. La manga, un poco ancha de boca, es abierta por detrás, y está también guarnecida de un bias de muaré. El cuello y las mangas pagodas son de punto de Inglaterra.

Capota de tafetan verde: un bandó transversal, compuesto de lazos pequeños de cintas bayaderas, se adelanta hacia la frente, entre las flores y blondas que tapizan el ala: esta y el fondo de la capota están cubiertos de tul blanco, con rizados de blonda. Cintas y lazos de raso verde.

MADRID: 1855.

Imprenta del Correo de la Moda, á cargo de Agustín Puigrós Vega, calle Sin Puertas, num. 2.



LE MONITEUR DE LA MODE.

Rue Richelieu 92 à Paris.

Robes de M^{me} M^{lle} Korain, 2, r. Basse du Rempart, Robes à Dispositions de la M^{me} Delisle, r. de Choiseul.
 Coiffures de M^{lle} Nathalie (M^{me} Huchey), 39, r. Richelieu, Fleurs de S. Perrot Petit et C^{ie}, 12, r. de la Bourse, Passementeries
 de Richenet Bayard, 28, r. de la Paix et r. St. Denis, 800, Parfums, Gants et éventails de Faguer Laboullie, 83, r. Richelieu.
 Bijoux en Cheveux de Lemonnier et C^{ie}, 9, r. du Roy St. Honoré, Stoffes des Villes de France r. Vivienne et Richelieu
 Envoi de la Maison de Commission Lassalle et C^{ie}



AYUNTAMIENTO
MUNICIPAL
MADRID